



Número de 6 páginas

## DEPORTE DE TAPADERA

El otro día leíamos en estas mismas columnas un artículo de nuestro buen amigo Fabián Vidal sobre el tiro de pichón. El artículo era, como de quien era, corto, sustancioso, ameno e intencionado. Ahora que dejaba de lado, a nuestro entender, lo más característico, y a la vez lo más pernicioso, de ese deporte, por lo menos en nuestro reino de España.

Fabián Vidal, en efecto, comentando una campaña que contra el tiro de pichón han emprendido en Inglaterra los que se apiadan de los sufrimientos que innecesariamente se hace pasar a inocentes animales — y que serán, de seguro, los mismos que se pronuncian contra la vivisección de laboratorio, — consideraba ese deporte en el aspecto de la crueldad. Y es realmente cruel divertirse haciendo sufrir a los animales; pero a los deportistas no es ese sufrimiento lo que les divierte.

El tiro de pichón, como otros deportes, no suele ser, en efecto, por lo menos aquí, en este reino de España y bajo la frivolidad hoy en él dominante, sino un pretexto para jugarse el dinero. Es como las carreras de caballos. Si en éstas no hubiera apuestas, los deportistas, los carreristas, maldito si se recrearían contemplando la virtud del caballo y admirando sus cualidades. El supuesto deporte no es sino una tapadera de la afición a jugarse el dinero.

Fabián Vidal hablaba en el mismo artículo de la caza, y también aquí hay los verdaderos cazadores y los de tapujo. Porque hay quien, como Don Quijote, ama la caza porque ama el campo y gusta de las emociones de recorrerlo tras la huella de una rea cazable. A estos tales lo que menos les importa es cobrar tanfas o cuantas piezas. Como para los espíritus verdaderamente investigadores la rebusca les es lo esencial y el cobro lo accidental. Pero hay otros que cuando dicen que salen de cacería, de lo que realmente salen es de timba. Y para éstos más esencial que la escopeta y el perro les es la baraja.

Hay, sí, quien se dedica a la caza por higiene, para airearse y solearse y hacer vida de campo y ejercicio al aire libre; pero hay quien toma esto de pretexto para correrse una juergueta con algunos amigos y para armar timba en algún cortijo o alquería.

La caza, lo tenemos observado, suele ser ejercicio de que gustan espíritus reconcentrados y aun algo misantrópicos y solitarios, como le fué, sin duda, el de Don Quijote y otros que, por unas y otras causas, desean verse solos o que huyen de la sociedad. Tal vez porque no aciertan a

moverse con desembarazo en ella, como acaso le ocurría a aquel inofensivo y bonachón de Carlos IV, el consocio de Godoy. Y aun a su padre Carlos III, cazador también. Pero otras veces la caza, lo repetimos, y más si los cazadores van en peña o partida, es pretexto de otras diversiones. Recuerden si no, los que tengan algunos años y memoria, aquella famosa expedición a Algete de 1332, en que se le manteo a un ministro adjunto, según entonces se dijo, y que provocó graves disgustos intestinos. Fué una «juergueta» en que el airearse, solearse y cazar fué lo de menos.

Pero lo peor de este falso deportismo que se está desarrollando desde hace unos años en el reino de España es que el deporte es lo de menos y lo de más el juego de azar, y a las veces hasta la tahurería. El deporte no suele ser sino tapadera o terciaría de lo otro.

Y lo más grave de ello es que aunque el deportismo pueda llegar a ser peligroso, si aparta al espíritu de considerar las cosas con seriedad, la afición al otro juego, al juego de azar, delata ordinariamente un espíritu no muy inteligente, y sobre todo un espíritu que huye del trabajo. Los jugadores de azar son hombres que aborrecen el trabajo y que, por aborrecerlo, pasan hartos trabajos. El jugador es, en el fondo, un haragán, y un hombre incapaz de la acción lenta, metódica e inteligente, que constituye el fondo distintivo de toda civilización. El jugador es un aventurero, y el aventurero es un holgazán. Nuestra conquista de América fué una aventura y a la vez una partida de juego. Y acabamos como no podía menos; perdiéndola. Con el oro que de las Américas nos mandaban los aventureros conquistadores, enriquecimos a los flamencos y otros que trabajaban para mantener el lujo de nuestros magnates.

No, no; ni el tiro de pichón; ni la caza, ni las carreras de caballos serían ningún mal si fuesen no más que deportes, puros deportes; lo peor es que sopla sobre este reino de España, y desde muy alto, un viento de juego de azar, de timba, y con él de picardía aventurera. La licencia del juego, por ley prohibido, es sintomática, y de un síntoma alarmantísimo.

El otro día el ministro de la Gobernación se lamentaba de la licencia de que gozan los jugadores; pero declaraba que no es posible evitarlo. Que no, ¿eh? ¡Vaya si es posible! Ahora él, el ministro, por buenas intenciones que tenga, acaso no, no pueda evitarlo. Y al paso que vamos, el juego de azar, el hoy por ley prohibido, sobre todo si se explota cierta empresa favorita, acabará por ser una institución sagrada e inviolable. Porque las inviolabilidades se van extendiendo y ampliando.

Y ese desenfreno del juego de azar tiene tanta o más gravedad que el terrorismo. Y hasta le provoca en parte.

Miguel de UNAMUNO.